

despreciado ahora de amistad por viejo”. Transporta el mundo clásico de Odisseo y Troya a las inquietudes presentes en una auténtica “fusión mítica”. El ritmo de su lenguaje sigue a veces al hipérbaton latino.

“Me distancié (...) era admirable la rápida sencillez con la que se pasaba de persona a personaje sin atender voluntades –afirma don Antonio- Ahora veía allí sentados, quietos, sin otra voz que la de mi escritura, al novelista Boccaccio y al profesor de Filología. Percibí, no obstante, un ligero matiz de inquietud en sus ojos. Como si fueran muchas las palabras que se les hubieran quedado sin pronunciar...” Le preocupa la continuidad de la cultura clásica: “El profesor de Filología aún tenía gotas de juventud y aguantaría varios años, pero el narrador era ya un proveccto ciudadano que no estaba para muchas esperas (...) Me acerqué al profesor y recogí de sus manos el ejemplar aldino de *Le cose volgari di messer Francesco Petrarca* que aún tenía calor de vida”.

Concluye esta magnífica y singular narración con el clásico saludo latino: “Vale et memento mei. Adiós y acuérdate de mí”.

UÑA JUÁREZ, Octavio. *Iuminaria. Poesía reunida (1976-2017)*. Col. Contrapunto de poesía 69. Prólogo de Elías Rodríguez Díez. Madrid. Ed. Sial Pigmalión S. L., 2017, 1129 pp.

Por *Julio Escribano Hernández*

Realmente son luminosos los versos de Octavio Uña, recogidos en este poemario que nos pone en contacto con su obra literaria de indiscutible poeta. Inicia su andadura con los cincuenta poemas publicados en 1976 bajo el marbete *Escritura en el agua*, donde evoca a Castilla en los baldíos tomillares y espejos de la tierra: lago de Sanabria, ríos Duero y Tera, mar de trigo, chopos y olmos... “Al borde de los caminos/ un chopo busca los cielos/ y en las márgenes del río/ un corazón vive un sueño”. “Castilla no va al mar/ que ella es su puerto”. El paisaje se remansa en la mirada del joven poeta, que lee a los treinta años, en el agua, la belleza de la vida. En el agua dibuja el cosmos abierto a la inmensidad: “¿No viste, di,/ el carro de la espuma, recio seno/ de sal que recorriera azul desierto/ morir, hora tras hora, en vieja playa?”

Al año siguiente publica *Edades de la Tierra* donde ensambla la palabra, compañera de la soledad y don para la vida, al austero Escorial con su granítica piedra y Castilla, comarca, región y tierra natal a la que dedica la mayor extensión en este

pequeño libro. La palabra, enemiga de la noche, no vence soledades. “Amigos/ yo me abracé llorando a la palabra?”. “Rosa de rojos/ labios la palabra”. “La luna oye-  
ra quizá,/ pero es altiva. A esas horas/ a nadie/ recibe tras la nube”. En otros versos clama al Escorial, morada de su sueño: “Sé torre de marfil a mi esperanza”. En él encuentra a su amada tierra castellana: “Y doblas tus campanas, di ¿por quién?/ y ¿por quién lloras?/ ¿Por el alma enlutada de Castilla?”. Sin duda, en su memoria está el brindis que hizo, joven de veintitrés años, en la *Fiesta de mozos de El Escorial*: “Yo brindo, amigos y amigas,/ por el sol y por la piedra:/ la cincelada centella / del Escorial de Castilla”. La sección *Tierra natal* es la más extensa dentro de estas *Edades de la Tierra* y está dedicada a su hermana Asunción, religiosa del *Amor de Dios*, que entregó su juventud a la transformación de la comarca de Sanabria, cantada por Claudio Rodríguez, poeta zamorano y gran observador del mundo infantil, al que nunca olvida. Octavio Uña medita y predica la pena, la fuerza, el encanto y la muerte de Castilla. Instalado en la intensidad creadora, sin duda es maestro en la evocación y en la metáfora: “Mis niños, monumento/ de un pueblo/ al silencio/ eso,/ es un abuelo”. “Torre parda,/ guárdame entera la tarde/ que lentas sombras de siglos/ al viejo musgo acostadas/ dejaron sola la calle”. “Iré contigo a los tristes/ matorrales de la muerte,/ que no soportan mis ojos/ canciones de atardeceres”. “Dolorosa desdicha de Castilla:/ estrella sus talentos contra el barro”.

En 1979, José Luis López Aranguren hace el prólogo a ciento cinco poemas de *Antemural*. Valora esta publicación de Octavio como un canto elegíaco por Castilla con estilo propio, rico en metáforas, leguaje sonoro y preciso donde se expresa el drama de la tierra castellana: “Ven a este patio abandonado, triste,/ de la Tierra de Campos:/ sólo el musgo y la hiedra./ Y sin palabra”. Abunda en esta odisea castellana con varios poemas de su obra, trufados también con el llanto y el dolor de la soledad: “No hay consuelo de voz./ Ya no hay palabra”. “Esta pena que ves/ caer cuando los ojos lloran risa,/ es la tuya. Que en las ubres iguales/ tu pueblo y tú sorbisteis la tristeza”. “Vigilado del sol y del tomillo/ baja un río. Y es pena su caudal,/ su canto, pena”. “Arcángel de la envidia, eres la muerte/ con tu noche de ceniza a cuestras”. “Decid al viento que vuelva/ y que recoja los lutos/ sembrados en roja tierra”. En la hondura de sus poemas se siente el latido de Castilla, que en palabra de Octavio “es algo más que una metáfora y basta la ocre silueta de un adobe para decirla triste. Y basta poner el pie desnudo sobre la amplia dentadura del rastrojo para decirla amarga”. No podían faltar en *Antemural* sentidos poemas al Escorial: “Antemural y muro y piedra sobre piedra./ Besa aquí, peregrino, los pies lentos/ de las eternidades./ Que Pompeyo Leoni encadenó en el bronce/ la vanidad./ Que el tiempo te apedrea, pon/ tus rodillas a frío de granito”. Ni tampoco estaban ausentes la nostalgia y el llanto: “De la abierta mansión de soledades/ sólo

quedaba el cielo”, que en Ávila de los Caballeros, “.../quizá era el muro habitación/ para las lágrimas”, en verdad, ocultas tras las capas y las ausencias de la vieja tierra hidalga. “Capa de Aliste./ De albergar tanta sombra ya eres parda./ De medir tantos surcos ya repite/ el color de la tierra./ Que la llevan también los viernesantos”. Y recuerda imágenes que impresionaron sus ojos de niño: “Madre,/ ya no cruza Castilla aquel heroico tren de mis infancias./ Muerta está, abandonada/ al fin de unos raíles, en Zamora,/ una máquina negra”. En estos versos luminosos también están presentes Almagro, donde las mudas manos de mujer “labran en silencio la vida” y los campos de Montiel con locas aspas de molino que “mueven el aire para labrar sueños/ al triste Don Quijote”.

Este *Antemural*, que divide en dos partes, es una elegía por Castilla. La primera ajusta una meditación sobre el drama de las tierras castellanas abocadas a la muerte, que danza en el *Poemario de Villalar*, ruinoso esqueleto de la ciudad, sepultada por la envidia y la traición. En *Fríos de la memoria* las estrofas funerarias en El Escorial señalan la postración de Castilla con gran lirismo que se prolonga en los estremecedores poemas *De las repeticiones*. En los versos *Junto al adobe*, cuarta sección de esta meditación primera del *Antemural*, revive Octavio las gratas imágenes de la vida campesina que impresionaron su infancia y la cierra con la sección *Gloria de Medina*: “Caballeros a caballo, carros de arrieros que van y vienen, el silencio en el patio del seminario de Astorga, donde ya ha callado Roma y se están apagando los fervores cristianos”. La elegía está servida, en esta meditación, con dramático lirismo.

La segunda parte ofrece tres secciones con contenido más liviano: *Voz y estación del aire*, *Lúnicas y Lunas de Alambra*, atrevido contrapunto, sin duda, al tono elegíaco de la primera parte con temas diversos que conducen a la verdad, la belleza y la bondad por el camino del amor: “Carretero enamorado,/ cuando se rompan los remos/ de tu carreta cansada,/ ponle por rueda la luna,/ esa rueda enamorada”. Sobre todo, surge el encanto amoroso y la pasión: “Yo te pensé en la luz,/ acostumbrada a júbilos ágiles de párpados./ ¡Oh extraña posesión la de esta luna llena/ de tu cara!/ Con risa la pasión/ sobre los rojos pómulos, manzana/ mirando al esplendor del día./ Dime, qué larga sementera pasó junto a tu casa/ para hacerte posible./ Hermosamente así/ la luz te trajo./ Albor es el que ciñe/ tus cinturas de agua”.

El siguiente libro de estas obras completas, prologado por Ramiro Flórez e ilustrado con dieciséis grabados de Ruiz Abascal, amigos escurialenses, fue publicado en 1981 con el título *Usura es la memoria*. Los ciento y un poemas del mismo construyen el pasado, el presente, el tiempo, la memoria y el olvido en la fuerza de la palabra que ensambla filosofía y poesía, la razón y el misterio. Encuentra Octavio su luz primera en el apartado *Del sabor primero de las orzas* viendo a la abuela hilando a la puerta de la casa: “Por la mano/ de mi abuela pasan blancos los días”.

Y concluye este dulce sabor de Castilla: “Acto primero y en el alba del día/ el ojo se abre blanco hacia el recuerdo”. En *Tahonario* se reconoce el poeta bebiendo agua del Duero y se pregunta por la huella de su infancia, por su origen, sus juegos e inquietudes: “Yo nací en el oeste de los días, donde el Tera/ cristales gime de una estrella rota,/ a la sombra del viejo y misterioso/ monte Sansueña”. “Sin tiempo yo me quiero y que se apaguen/ mis luces al recuerdo. Hoy que vivo”. E insiste en este pensamiento: “Entrégate al amor de la presencia,/ sepulta, azada en mano, los recuerdos”, ya que “desde Urbión al mar luto es el Duero”. Ante estos recuerdos prefiere el olvido, memoria en blanco donde la libertad nace. Pero el olvido también es muerte que expresa el poeta en *Si es el Duero Leteo*: “Y caigo sobre mí, soy como víspera/ de muerto”. En este apartado ofrece seis poemas sobre los cuidados del caminante que visita Arévalo, La Alberca, Cuenca, Zamora, los largos surcos de la sementera de Castilla y Puebla de Sanabria: “Cuidate, caminante, no te mueras// en la plaza mayor de Puebla de Sanabria,// bajas,/ precipites tu sangre,/ te recoja el Tera// y éste entregue al Duero ya tan húmedos huesos,// te sepulten en mar/ y ya no tengan// tus lágrimas orillas”. Concluye esta primera parte de la *Usura* con los *Oráculos de la trilla* que todo lo reduce a su paso, pues viviendo nos vamos transformando en olvido: “Dioses mueven los días como hoces/ quiebran manos y pies de la memoria./ Yo soy en cada agosto más olvido”.

La segunda parte de este libro la desarrolla con gran lirismo en *La flor de Olmedo* y *Una pedrada en la frente* que nos recuerdan a Lope y a Gabriel y Galán. “Los ojos y las manos de mi madre dicen/ que fue hermosa Castilla, y en las arcas duermen/ tardes de gloria” en velado recuerdo al caballero, la gala de Medina... La pedrada de Gabriel y Galán se poetiza con Octavio en palabra contra el tirano: “Palabra, como piedra, sube,// quebranta, muerde, //afila el aire./ Húndete// en el ojo del mal de inmenso cíclope”. “Por este canto viejo sin garganta,/ por este canto huérfano en la plaza,/ levanto yo hasta el cielo la palabra”.

La reunión de los poemas de Octavio Uña abarca en *Iluminaria* sus libros de 1976 a 2017. A los ya analizados hasta 1984 hemos de añadir *Ciudad del ave*, publicado en 1984, *Labrantíos del mar y otros poemas* (1986), *Cantos de El Escorial* (1987), *Crónicas del océano* (2003), *Puerta de salvación* (2008), *Cierta es la tarde* (2010). En todos está presente Castilla, lo que ha permitido hacer una buena antología con prólogo de Laín Entralgo y grabados de Ángel L. Monsalvo. Cada uno de estos libros está dividido por el autor en apartados, bellamente dispuestos en un índice de veintitrés páginas, que siguen a una selecta bibliografía de trece páginas sobre la obra de Octavio Uña Juárez.

Esta cuidada publicación cuenta además con otros dos apéndices. En el primero podemos leer el *Pregón de las Fiestas del Real Sitio de San Lorenzo de El Escorial*, los

*Plenilunios del Cafetín Croché*, y el *Pregón de la Semana Santa de Zamora en 2002*.

El segundo apéndice ofrece los prólogos a *Edades de la tierra* (1977), de Alfonso Álvarez Villar, profesor de Psicología del Arte en la Universidad Complutense de Madrid; al libro *Antemural* (1979), realizado por José Luis López Aranguren; a *Usura es la memoria* (1981), de Ramiro Flórez, catedrático de la Universidad Autónoma de Madrid; a *Ciudad del ave* (1984), de Ludwig Schrader, catedrático de la Universidad de Dusseldorf; a *Labrantíos del mar y otros poemas* (1986), de María Teresa Bertelloni, catedrática de Filología Hispánica de la Universidad de Puerto Rico; a *Cantos de El Escorial* (1987), de José López Rubio, de la Real Academia Española; a *Crónicas del océano* (2003), por Luis Alberto de Cuenca; a *Cierta es la tarde* (2010), por Manuel Quiroga Clérigo; a *Puerta de Salvación* (2011), por Rosa Navarro Durán, catedrática de Literatura española de la Universidad de Barcelona; a *Castilla, plaza mayor de soledades* (2001) por Pedro Laín Entralgo, Ex presidente de la Real Academia Española de la Lengua; a *Estaciones de abril* (2008), por Leopoldo de Luis y otras notas sobre poesía amorosa de Emilio Blanco y Octavio Uña.

Quiero sintetizar el viaje de Octavio por la vida con las palabras que le dedica Elías Rodríguez Díez en el prólogo que hace a *Iluminaria*: “Habla de Castilla que es tierra, del amor que es fuego, de mares y de ríos que son agua y del cielo que es aire. Pero, si cierro los ojos, la veo a toda ella resumida en agua y aire. Por eso escogí el lema que encabeza este prólogo (...) *Coelum undique et undique pontus*. Cielo por doquier y por doquier el mar. Agua y aire. A ese puerto tan simple y tan grandioso arriba su poesía”. ¡Que la lectura reposada y meditada de este decablibion os acompañe a todos en un decamerón inolvidable y gozoso!

TORREBLANCA LÓPEZ, Agustín. *¡Callen barbas y hablen cartas! El Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos y su contribución al conocimiento de las fuentes para el estudio de la Edad Media entre 1858 y 1931*. Madrid. Fundación Universitaria Española. 2017. 339 pp. De rerum bibliothecarum, 2.

Por Cristina González

Agustín Torreblanca López, doctor en Historia medieval por la Universidad Complutense de Madrid, estudia el papel que el Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos tuvo en el desarrollo del medievalismo científico en España entre 1858, fecha en que se crea el Cuerpo, y 1931, el final de